



MEMORIAS LIBERTINAS DE LA BELLA ENCARNA

(VI)

Las mujeres del mundo comprenderán que en llegando a este punto de mi vida yo aspirase a un amor normativo, a un hombre sin otras notables adjetivaciones que las de su virilidad. Harta ya de amores en los que lo cerebral desempeñaba un importante papel, en mis sueños locos veía aparecer al caballo trotador con reloj suizo en el bolsillo del chaleco, un reloj que empuñaría como una fruta, como me empuñaría a mí, empuñada y suya.

ros. Todo servido de una estatura y unos hombros de descargador «des Halles». Y lo ocultaba en los pliegues de mi pensamiento para no hacerle un feo a Pio, que era bajito y calculador.

En cierta ocasión creí que el cielo me había concedido el milagro de la encarnación. Vi pasar a un ejemplar olímpico, digno hijo de las torres de Hércules. Coincidió con el hombre ideal de mis sueños. Dejé caer un pañuelo, y el cretinazo de Pio lo recogió.

—¿Por qué tirarlo, pues? Está nuevo.
—Se me ha caído.

Lo dije con un cierto despecho. Pero ya volvía hacia nosotros el descumunal hijo de Hércules, y esta vez dejé caer mi sombrilla. Pio no se dio cuenta de la cosa, y mi corazón casi saltó del pecho al ver cómo se acercaba a toda marcha aquella locomotora humana, coronada con el humo de un habano vigoroso. Se acercó a la sombrilla, le puso el pie encima, miró a derecha e izquierda, se inclinó increíblemente rápido para su corpachón de buzo y se metió la sombrilla bajo el brazo. Continuó la marcha como si tal cosa, sin mirarme. No pude resistirlo y le pegué un empujón a Pio.

—¡Pio! ¡Ese hombre me ha quitado la sombrilla!

Pio contempló al hombre que se alejaba. Me miró a mí. Miró al cielo intenso del raro día veraniego y musitó:

—Con este tiempo. Una sombrilla. Qué tontería.

Y le odié como mujer alguna haya podido odiar a hombre alguno.

(Continuará)

El hombre de mis sueños era, ante todo, iletrado y fuerte. Incapaz para las explicaciones; ni me las daba ni me las pedía. Viento apasionado y arbitrario. Dulce sólo dormido, cuando yo pudiera contemplarle temporalmente vencido por mis cansancios. Yo le veía alto, con los ojos casi nacientes, de un pelo negro y copioso, al que yo me agarraría para no caer al abismo del mundo que excediera a la más estricta territorialidad. Alto, capilar, velludo, con músculos redondos, calientes por esa grasa óptima que propicia una exotermia inenarrable.

¡Ah, queridas amigas! ¡Con qué placer caminaría yo tras él, a un metro de distancia, impresionada por la secreta, intransferible, conciencia de su poder! Oullá que me abriría caminos por una ciudad sin nombre, sin Norte ni Sur, que no llevara al paraíso de nuestra soledad a dúo. Yo le habría tejido jerseys y bufandas para proteger su cuerpo y su calor, como la araña teje la herramienta de su caza, la herramienta de su alimento.

El hombre de mis sueños inspiraría el respeto del Kaiser, tendría esa dureza de expresión de Clemenceau y la juventud intrépida de Roland Gar-

